IV

Una excursión a la fortaleza celtibérica de Termancia (Soria)

PARA el arqueólogo que, saliendo de Madrid, se proponga visitar Termancia, lo más cómodo es hacer el viaje en automóvil, pasando por Somosierra y Riaza, a San Esteban de Gormaz, a orillas del Duero, y desde allí continuar, en dirección al Sur, por Atauta y Morcuera, a Montejo de Léceras. En este último pueblo hará bien el turista en sustituír su buen automóvil por un sencillo Ford, que en una media hora le llevará al pie de la antigua fortaleza celtibérica de Termancia, en cuyo costado del Este hay una ermita muy visitada, que en un documento del año 1138 aparece mencionada como ermita de "Santa María de Termis".

Fué para mí una viva satisfacción el poder servir de guía al Director de nuestra Academia, señor Duque de Alba, y al señor Duque de Montellano, en la visita que, en el mes de junio último, efectuaron a esta localidad tan interesante como poco conocida. En Termancia fuimos amabilísimamente recibidos por el Director del Museo Numantino de Soria, don Blas Taracena Aguirre, el mejor conocedor de la localidad, a quien debemos además las primeras excavaciones sistemáticas en aquella fortaleza roquera, precedidas, sin embargo, por una serie de notas y estudios breves, debidos a Rabal, Conde Romanones, Sentenach, I. Calvo, etc., entre los que merecen especial mención los de A. Schul-

ten (1) y B. Taracena (2). La Memoria de las excavaciones practicadas hasta la fecha por este último arqueólogo se publicará en breve.

Termancia se encuentra situada en un ancho y profundo valle que está recorrido por un riachuelo y en cuyo centro se alza, casi exenta, una cresta rocosa alargada, cuya altura es de 1.170 metros sobre el nivel del mar. Se comprende que desde tiempos remotísimos atrajese este cerro la atención de los habitantes: parece predestinado por la Naturaleza misma a servir de refugio, pues por todas partes forma acantilados y sólo por el Este es algo más fácilmente accesible. Se podía, pues, con un esfuerzo relativamente pequeño, convertirlo en sólida fortaleza, fácil de defender, que, en la antigüedad, ofrecería al sitiador una resistencia casi insuperable (fig. 1).

Esta fué la causa porque los celtíberos o, precisando más, los habitantes de la parte meridional de la región de los arevacos, se establecieron allí militarmente y crearon su capital, casi tan importante como Numancia, ciudad que fué de extensión poco mayor, y está situada a unos 80 kilómetros en dirección al Nordeste. Causa hoy admiración el encontrar las ruinas de una población tan considerable en una región tan pobre y apartada, pero no debemos olvidar que Termancia (llamada también *Termencia* por Polibio) estaba situada muy cerca del cruce de dos vías antiguas importantes, y que defendía, o cerraba, la vía que constituía el paso de Uxama (Burgo de Osma), en Celtiberia, a Segontia (Sigüenza) en la región de los carpetanos, al Sur de la Cordillera Central. Consecuencia de esto era un tránsito muy activo, y es muy probable que aquel

(1) A. Schulten, en *Numantia*, tomo I (München, 1914).

(2) B. Taracena Aguirre, *Arquitectura hispánica rupestre* ("Investigación y Progreso", año VIII, págs. 226-232. Madrid, 1934).

lugar, aun en tiempo de paz, representase papel no pequeño como etapa comercial o concurrido mercado.

De las *fuentes históricas,* escasas son las conclusiones que podemos sacar. Según prueban los hallazgos arqueológicos (espadas de antenas), el cerro debió estar fortificado militarmente ya hacia el año 300, antes de J. C. En las guerras celtibéricas este lugar desempeñó papel importante. En el año 141 el cónsul Q. Pompeyo atacó la fortaleza con ejército de unos 30.000 hombres; pero los termantinos no sólo rechazaron el ataque, sino emprendieron una victoriosa ofensiva y, aprovechando lo abrupto del terreno, causaron al cónsul, en su retirada, una sensible derrota. Termancia sobrevivió a la caída de Numancia y continuó resistiéndose a los romanos, capitaneados por el cónsul Didio, hasta el año 97 antes de J. C. En este año cayó también en poder de los romanos, sin que sepamos si fué tomada en lucha o si se entregó por su voluntad. Las fortificaciones seguramente fueron demolidas y los habitantes forzados a trasladarse a la llanura, al pie del cerro; pero con ello no pereció en modo alguno su espíritu de libertad, pues en las guerras sertorianas figuraron entre los partidarios de Sertorio. Después Termancia se fué romanizando paulatinamente; su nombre reaparece en Tácito, quien en sus *Anales* dice que, en el año 25 después de J. C., un habitante de esta ciudad dió muerte al Pretor romano Pisón, fué sometido a tortura y prefirió suicidarse a delatar a los otros conjurados. Una sólida muralla —que las excavaciones han puesto a la vista aun sólo en pequeña parte— situada al pie del cerro, hallazgos antiguos de vasijas de plata, un busto de Galba, monedas, etc., prueban que los romanos hicieron gran aprecio del lugar por su importante situación geográfica. Incluso es probable que la esposa de Honorio, madre de Teodosio el Grande, viese allí la luz, pues, al parecer, procedía de Celtiberia

y llevaba el nombre de la ciudad en la forma griega "Thermantia". Con el siglo IV de nuestra era, la ciudad se pierde en la noche del olvido. La Edad Media no tomó, de nuevo, posesión de sus ruinas, y en lo que fué su territorio levantó tan sólo la ermita de "Tiermes" mencionada, que por sus restos arquitectónicos románicos ofrece interés para la historia del arte.

No cabe la menor duda que la historia e importancia que ha tenido la ciudad quedarán mucho más dilucidadas, aun en lo esencial, cuando, gracias a excavaciones considerables, se pueda retirar el velo que cubre todavía hoy sus extensas ruinas.

En Termancia se deben distinguir dos grupos de población: la antigua fortificación celtibérica del cerro (la acrópolis) y el poblado más moderno, celtibérico y romano, situado al pie de los acantilados, que se inició en el año 97 antes de J. C.

La *acrópolis* está constituída por tres plataformas escalonadas, irregulares, cuya superficie total habitable mide cerca de 10 hectáreas (figs. 2, 3 y 4).

Las viviendas descansaban directamente sobre el suelo y estaban esparcidas irregularmente. Se renunció a excavarlas por completo en la dura roca, como se hizo después al pie del cerro; pero fué frecuente el que la mitad inferior, por lo menos, se labrase en la roca del cerro y las crestas rocosas se presentan talladas en escalones para el asiento de los adobes de que estaría construída la parte superior de las viviendas. En algunos casos en que el tabique de roca entre dos casas era lo suficientemente grueso, aparece labrado formando dos escaleras, una a cada lado, que corresponden a las dos casas colindantes (véase la fig. 3). Otras veces se contentaban simplemente con construír sobre la roca casas cuyas paredes debieron ser de cestería cubierta de barro plástico. De estas construcciones podemos reconocer aún, por lo menos, las plantas, acusadas por ho-

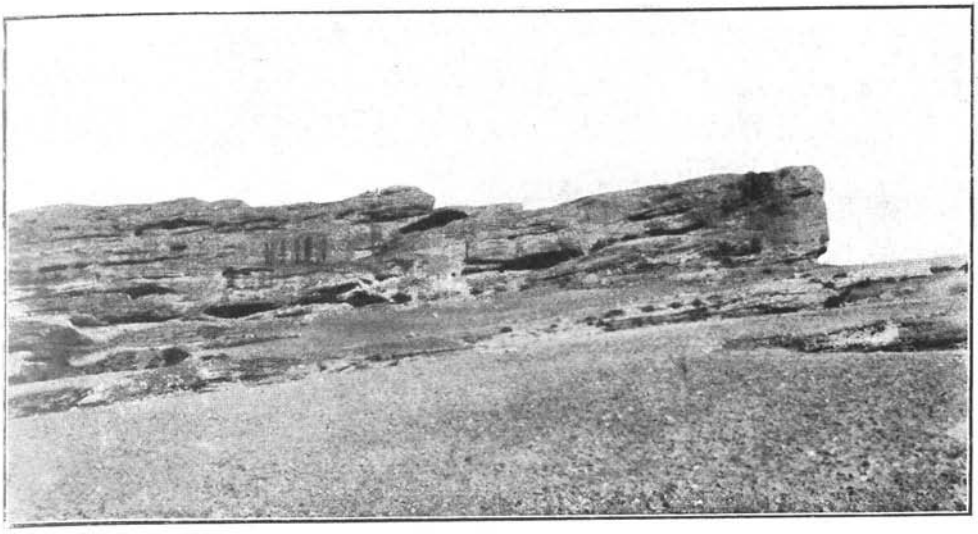

FIG. 1.—La fortaleza de Termancia vista por el lado Norte.

(Foto: B. Taracena.)

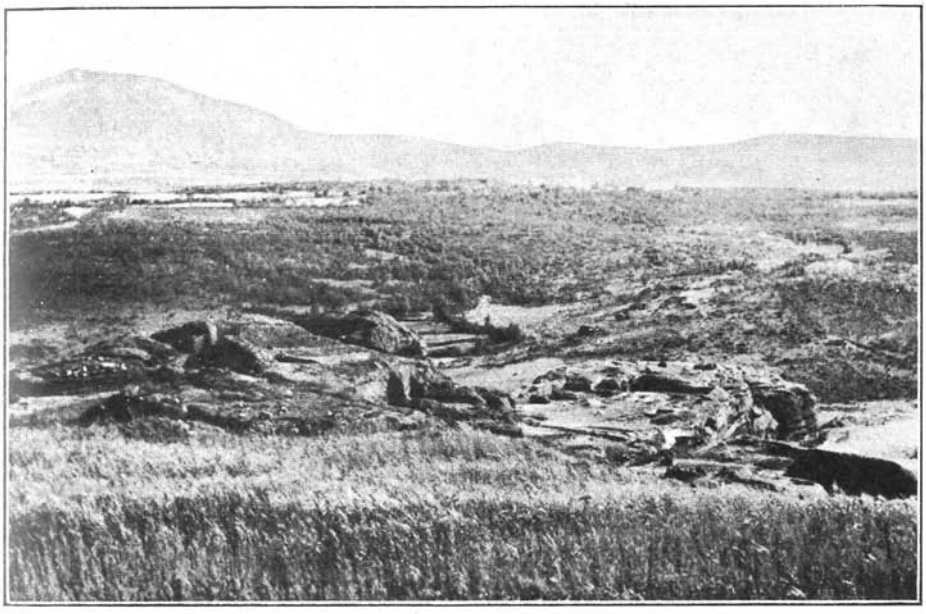

FIG. 2.—Termancia: Vista hacia el Oeste, desde la plataforma superior; a la izquierda, en primer término, la plataforma media; a la derecha, la plataforma inferior.

(Foto: H. Obermaier.)

FIG. 3.—Termancia: Vista hacia el Oeste, sobre la plataforma media de la fortaleza.

(Foto: H. Obermaier.)

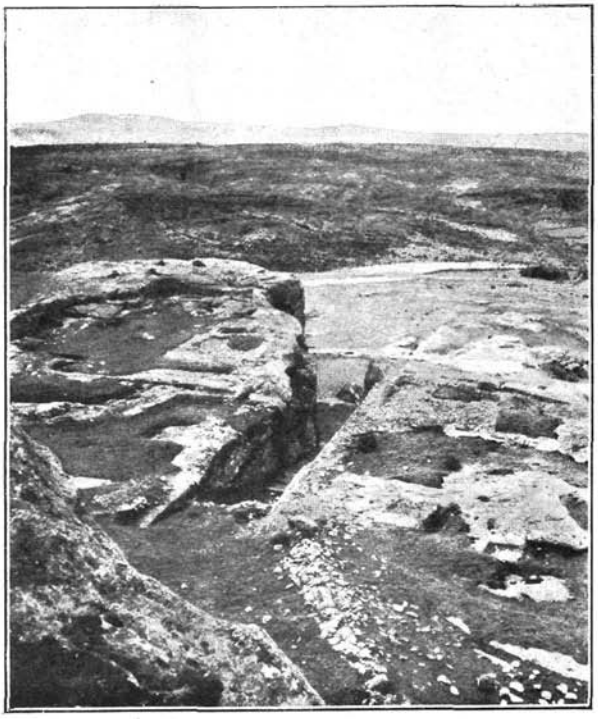

FIG. 4.—Termancia: Vista hacia el Oeste, sobre la plataforma media de la fortaleza. Obsérvese el profundo corte en la roca, en el centro de la figura; es la subida de la puerta del Oeste a la plataforma (véanse las figs. 5 y 6).

(Foto: H. Obermaier.)

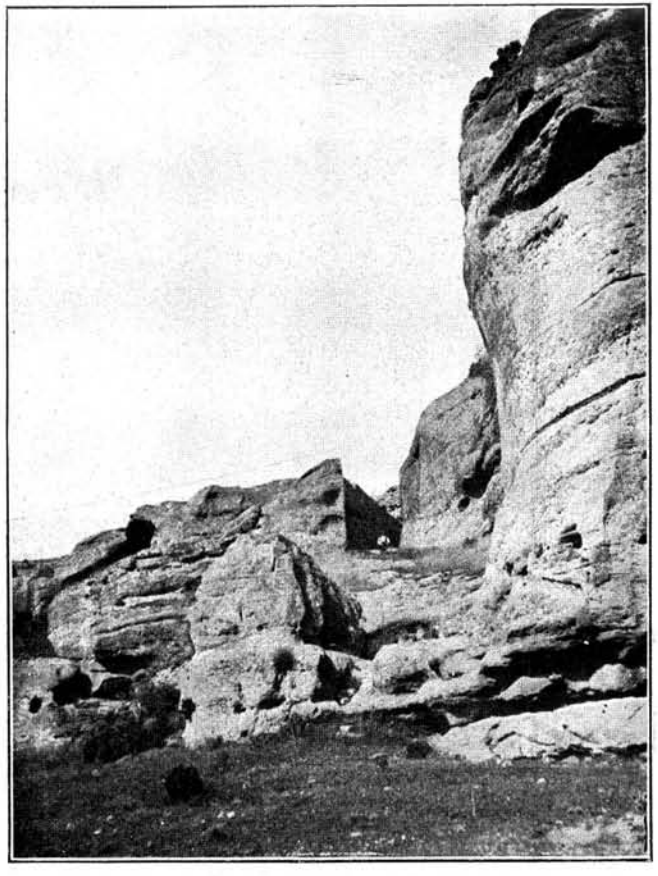

FIG. 5.—Termancia: Subida a la puerta del Oeste.
(Foto: Duque de Montellano.)

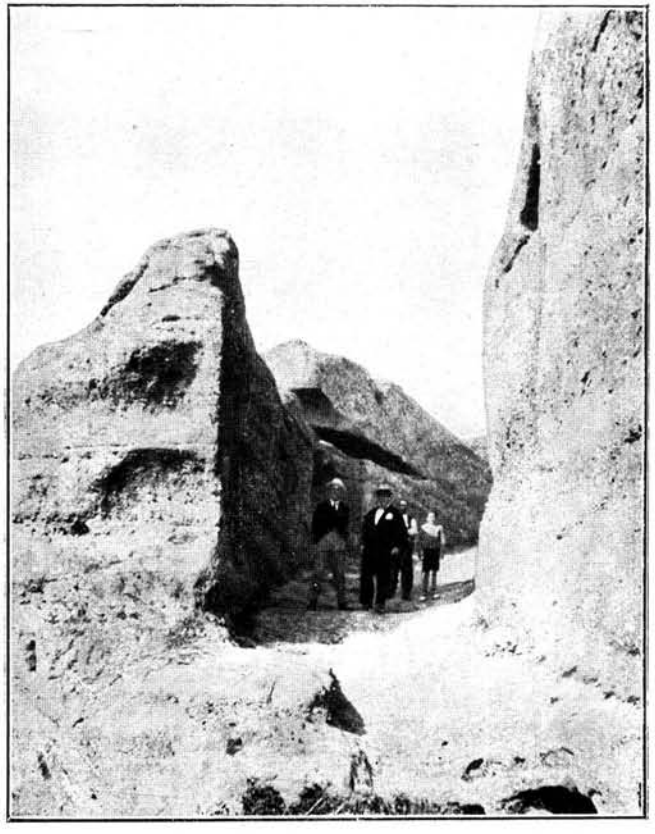

FIG. 6.—Termancia: La puerta del Oeste.
(Foto: Duque de Montellano.)

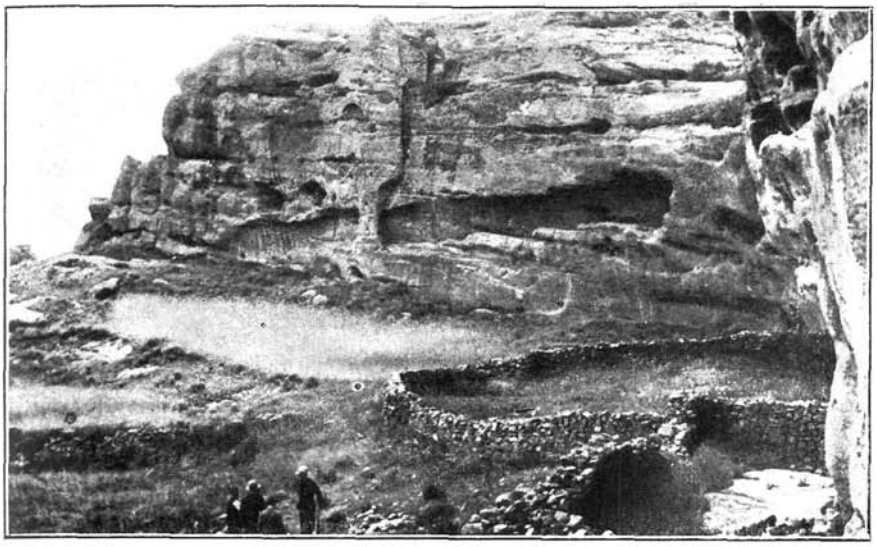

FIG. 7.—Termancia: Galería artificial en la parte baja del acantilado del Sur. A la derecha, la boca del túnel que penetra en el cerro y comunica, por tres pozos verticales, con la plataforma baja de la fortaleza.

(Foto: H. Obermaier.)

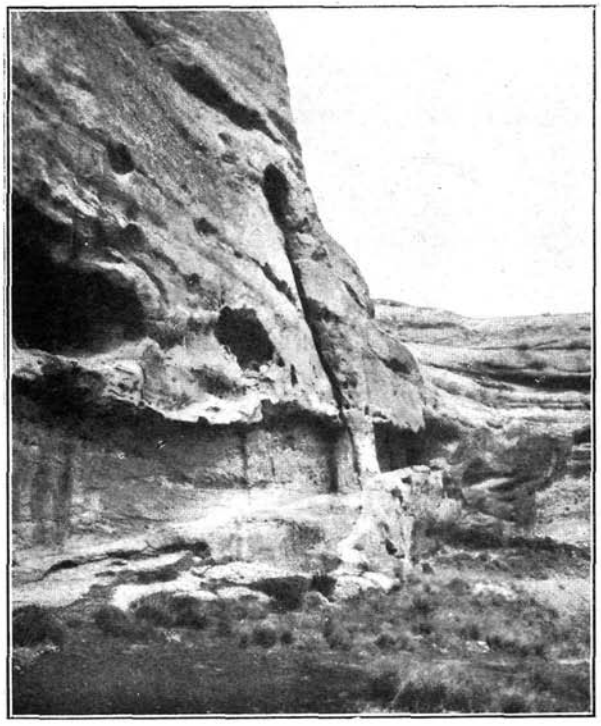

FIG. 8.—Termancia: Vista de la galería artificial (fig. 7) hacia la boca del túnel.

(Foto: Dr. Meynen.)

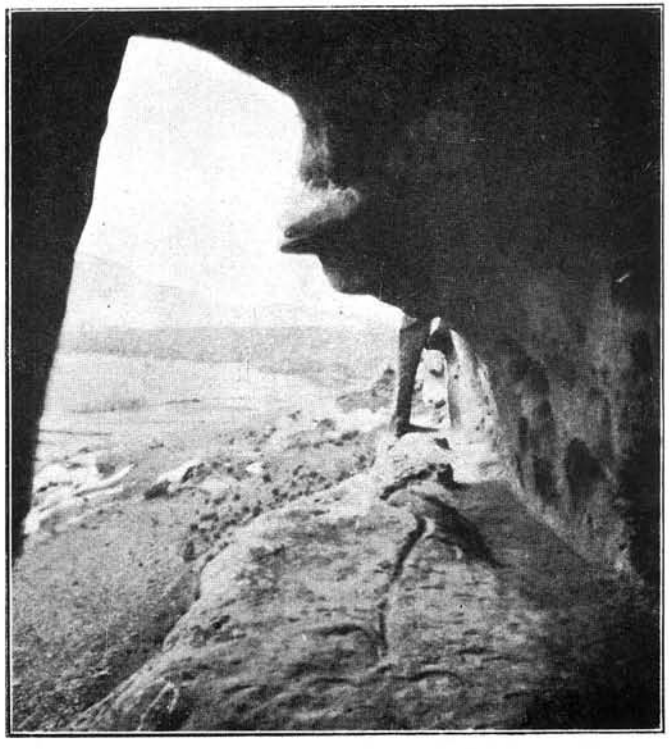

FIG. 9.—Termancia: Galería artificial. Vista desde la boca hacia el exterior.

(Foto: Dr. Meynen.)

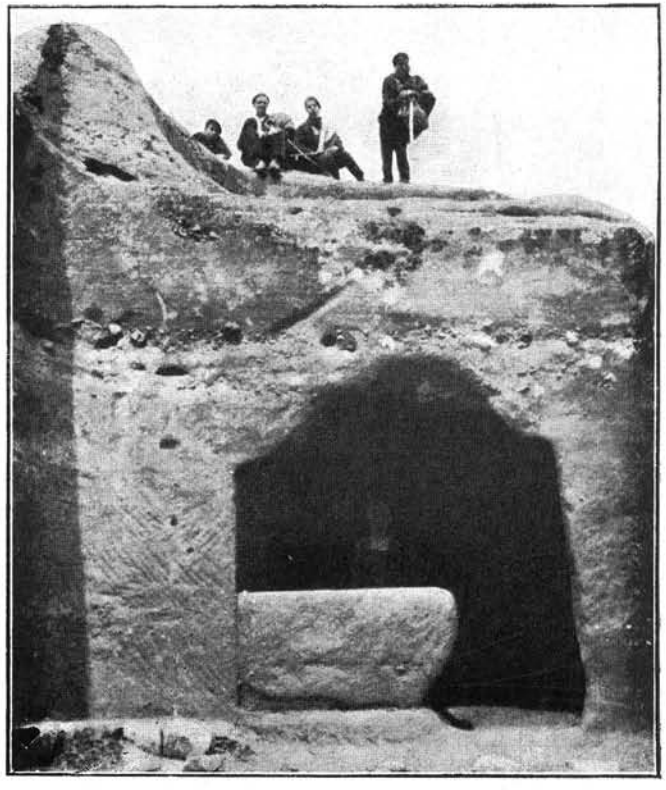

FIG. 10.—Termancia: Vivienda rupestre cuya parte baja se utilizó como tienda.

(Foto: Dr. Meynen.)

FIG. 11.—Termancia: Vivienda labrada en la roca, con escalera.
(Foto: Dr. Meynen.)

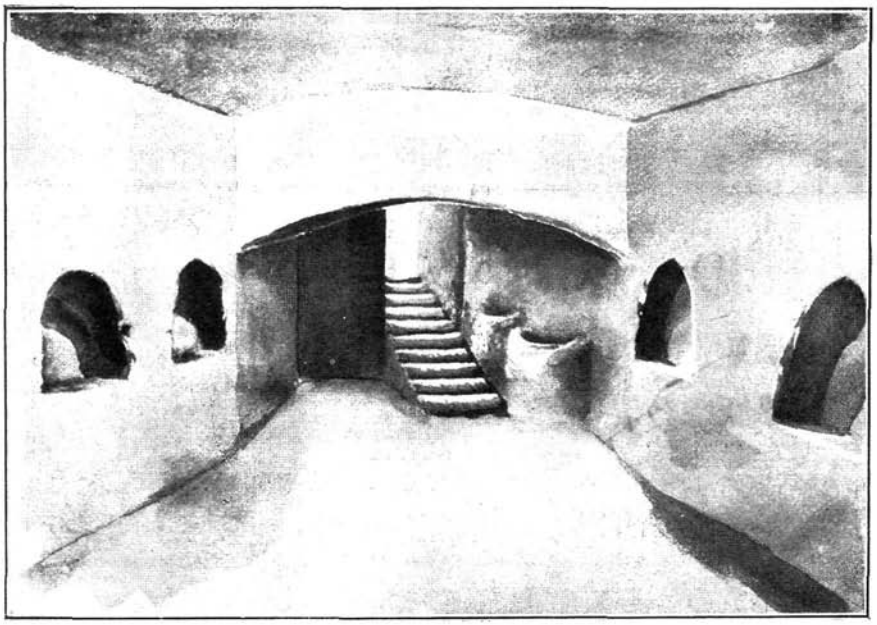

FIG. 12.—Termancia: Interior de una habitación rupestre de época romana.
(Según dibujo de B. Taracena.)

yos de ángulos y comedios de muros, donde estuvieron sólidos pies derechos.

El interior de las casas formaba una sola habitación o dos, separadas en este último caso por un delgado tabique de ramas entretejidas. Junto al hogar, cuyo sitio se puede reconocer en uno de los ángulos de la habitación, hay a veces pequeños bancos corridos a lo largo de las paredes. Las viviendas recibían la indispensable luz por una ventana que podía estar a altura variable. Una excavación, de forma prismática o de colmena, situada bajo la casa, servía de cueva para las provisiones.

Dada la topografía de la fortaleza, no fueron necesarios grandes murallas ni fosos y, hasta ahora, no se ha podido comprobar su existencia. Sólo en el lado oriental, único fácilmente accesible, existe un potente muro que corta el paso, cuyo interior está recorrido por dos galerías. Dan acceso a la fortaleza cuatro imponentes puertas que perforan, con una anchura que no baja de tres metros, el macizo rocoso, cuyo tajo en la subida a la acrópolis alcanza hasta seis metros de altura. Estas puertas conservan aún las muescas para encajar las hojas de madera y junto a ellas existe una profunda excavación rectangular que serviría para resguardarse los centinelas. En la puerta del Sudeste se distinguen las mortajas de los maderos de un puente que debió unir las crestas de las masas rocosas laterales.

Las figs. 5 y 6 darán al lector idea del importante callejón rupestre y de la puerta del lado del Oeste. Como obra militar, única en su género, existe un largo corredor, labrado en la roca, en el lado del Sur, al nivel la llanura (figs. 7, 8 y 9). En su comienzo constituye una galería semiabierta, de altura mayor que la de un hombre, que conduce a un verdadero túnel que actualmente está despejado en unos cien metros de su extensión; del interior de este túnel suben a la plataforma in-

ferior de la acrópolis tres pozos verticales, de 25 m. de altura y 1,40 m. de diámetro, labrados en la roca, constituyendo el conjunto una obra maestra de minería. Para subir y bajar por estos pozos hay en sus paredes huecos tallados a propósito para estribar los pies y las manos. Se trata evidentemente de pasos que, al estar sitiada la fortaleza, podían servir tanto en la defensiva como en la ofensiva, y también, en tiempo de paz, para el transporte rápido de víveres.

A la época celtibérica hay que atribuír también, con seguridad, una construcción que se encuentra en el ángulo Sudeste del cerro, la parte menos elevada del acantilado, y que presenta, a modo de la *cavea* de un teatro, graderías irregularmente labradas en arco, cuya cuerda mide 60 m. El señor Taracena ha buscado en vano los vestigios del correspondiente escenario y, en vista de ello, sospecha que no se trata de un teatro, sino de un lugar de reuniones públicas, y es notable que en la explanada se encontraron abundantes restos de fuego y huesos de animales.

Con el año 97 antes de J. C. empieza la historia de la "*Nueva*" *Termancia,* al pie de la fortaleza, entonces destruída. Este poblado, que duró aproximadamente hasta el siglo IV de nuestra era, fué también, a juzgar por sus ruinas, una ciudad importante, parte de la cual conocemos ya, gracias, sobre todo, a las excavaciones del señor Taracena. Fué al principio habitada por los sometidos arevacos, que debieron estar bajo la vigilancia de una guarnición romana, hasta que, en los siglos siguientes, se fué romanizando. El interés principal de esta "segunda" Termancia lo constituyen las notabilísimas viviendas rupestres que se encuentran al pie del lado del Sur de la antigua fortaleza y que, en su mayor parte, están aún enterradas bajo los escombros. Sin embargo, a veces se adivina su existencia por las series de mechinales labrados en la roca con el fin

de intestar los cabezales de las vigas de cubierta. Son evidentemente más antiguas que la gran muralla romana, de construcción tardía; se iniciaron en la época celtibérica, perdurando en la época propiamente romana, según se desprende con toda claridad de los hallazgos arqueológicos. En algunas de estas casas aparece, además, sobre la roca que forma las paredes, un revestimiento enlucido y restos de pintura en colores, característica de los principios de la era cristiana.

Las viviendas hasta la fecha exploradas son de dos o tres plantas (figs. 10 y 11). La baja la ocupa una espaciosa tienda, con tabiques de roca viva; detrás de ésta, al mismo nivel, se encuentra la cueva, rectangular y de cubierta plana. En la planta superior estaban las habitaciones pequeñas. Al lado de las viviendas existe, en repetidos casos, una escalera hecha en la roca (véase la fig. 11), que en su parte inferior va bordeada por las cajas de los rastreles para la colocación de escalones de madera, mientras que los últimos escalones están labrados en la roca misma. Otra de estas viviendas se encuentra cerca de la puerta meridional de la ciudad y "está formada por tres habitaciones en la planta alta, una estrecha escalera exterior que desciende al piso bajo y aquí otra habitación trapecial de cubierta plana, donde se abren una puerta y una ventana estrechas y altas, ambas con las mortajas para el marco de madera y los nichos para la tranca que las cerraba, y en el frente un amplio rompimiento a modo de balcón" (B. Taracena). Finalmente, el mismo arqueólogo describe (1) una cuarta vivienda descubierta por él: "Tiene en la planta baja dos habitaciones con acceso posterior por escalera angular e iluminación por un gran ventanal delantero; en la primera, cuatro alacenas hornacinas con huellas del cierre de madera, y en

(1) "Investigación y Progreso", l. c., p. 231.

un ángulo de la segunda, alto hogar con pequeña cavidad para la lumbre y encima diminuto retallo, sostén de la lucerna o de las tedas (*taedarium*) con que se alumbrasen, sin que abertura alguna pudiera desempeñar el papel de chimenea" (fig. 12).

No fué Termancia la única ciudad rupestre de nuestra Península. Desde hace bastante tiempo es conocida la gran fortaleza de Meca, cerca de Alpera (Albacete), y B. Taracena indica, por vez primera, otras dos localidades: Contrebia Leucade, cerca de Cervera del Río Alhama (Logroño) y Castro (Soria); pero Termancia ocupa indiscutiblemente el primer lugar, y el que la visita, con impaciente interés deja pasear su mirada por los montones de escombros que indudablemente encierran aún grandes sorpresas de la mayor importancia, no sólo para la Arqueología española, sino también para la Ciencia internacional. Tenemos aquí enterrada, en cierto modo, una "segunda Pompeya" que, en sorprendente estado de integridad, nos ha de revelar casas, viviendas y calles, que el visitante recorrerá con no menos interés y asombro que la famosa ciudad al pie del Vesubio.

¡Ojalá puedan estas líneas contribuír a que la Junta Superior de Excavaciones de Madrid conceda mayor atención en lo futuro a la exploración de esta ciudad celtibérica! Las excavaciones están en manos de uno de nuestros mejores arqueólogos, y es vivamente de desear que sea dado hacer cada año, durante varios meses, exploraciones en gran escala para que Termancia pueda celebrar en breve su definitiva resurrección.

HUGO OBERMAIER.